



HOMENAJE A LAS GLORIAS NAVALES *

Julio Canessa Robert



*H*ace
120
años,
el día 1 de junio
de 1879, ante el
Congreso Pleno,
el Presidente de

la República, don Aníbal Pinto, iniciaba su cuenta anual con estas palabras: "Al inaugurar vuestras tareas legislativas, no me es dado, como en otras ocasiones, anunciaros con complacencia que la República goza de uno de los más importantes bienes que puede apetecer un país: la paz exterior".

Luego de pasar revista a las circunstancias que habían hecho imperiosa la decisión política suprema -declarar la guerra- afirmaba lo siguiente: "La tarea que en estos momentos nos corresponde desempeñar, está principalmente confiada a los esfuerzos de los servidores que por largo tiempo han sido custodios de la paz y del orden, y a quienes incumbe ahora hacer sentir el poder de la República. (...) Al Ejército y a la Marina está librada principalmente la suerte del país".

El Jefe del Estado podía confiar la suerte del país a sus Instituciones Armadas.

A través del tiempo, los chilenos habían acumulado un tesoro de virtudes heroicas, de servicio abnegado y silencioso; de actos audaces y triunfos conquistados al pre-

cio de la sangre, el dolor y la muerte. Y siempre, después de la exaltación entusiasta y vocinglera tras cada campaña victoriosa, la ingratitud y el olvido... hasta el próximo conflicto. ¡De esa dura realidad se nutre la más bizarra tradición militar de América!

En 1879, un año tan lejano en el tiempo y tan próximo en nuestros corazones, al enfrentar un conflicto que comprometía su honor y su soberanía, la nación chilena reunió, una vez más, en torno a su bandera, la energía ancestral de la raza, el patriotismo de sus hijos y la fortaleza enérgica y serena de los llamados a conducirla. Y en la vanguardia de ese esfuerzo colectivo, como debe ser, marchaban sus hombres de armas.

Bastó el comportamiento ejemplar de un joven Oficial de Marina, capaz de impulsar a los hombres bajo su mando hacia el cumplimiento del deber en su grado máximo, para que nuestra nación, galvanizada por tan gallarda conducta, sintiera en lo más íntimo la vigencia de esa tradición y cada cual exigiera, sin más, ocupar su puesto en las filas.

El acto que desencadenaría unas ansias que sólo podían ser colmadas por la victoria o la muerte, recién había ocurrido en Iquique. "Allí hemos visto -dijo entonces el Presidente de la República- a los que montaban los más débiles buques de nuestra escuadra, sostener

* Homenaje rendido por el Honorable Senador don Julio Canessa Robert a las Glorias Navales, el 8 de junio de 1999, en el Senado de la República.

con gloria el honor de nuestras armas contra los buques más poderosos de la escuadra enemiga. Un pueblo que cuenta con hijos como los que han sabido morir gloriosamente en la *Esmeralda*, o como los que con tanta entereza y arrojo han combatido en la *Covadonga*, tiene sobrados motivos para confiar en que los reveses de la guerra no quebrantarán su valor, y que aún la superioridad del enemigo no le arrebatará el triunfo”.

La frase final de aquél discurso del Presidente Aníbal Pinto, sintetiza de modo inmejorable el espíritu que da vida a los hechos que, enlazados, constituyen las Glorias Navales.

En efecto, un pueblo cuyos hijos están dispuestos a tripular nuevamente y en cualquier momento a la *Esmeralda* y a la *Covadonga*, es invencible. Nuestro pueblo se ha ganado el derecho a la libertad en cien combates, haciéndose acreedor al respeto de las demás naciones. Y este pueblo merecerá conservar su lugar en el planeta en la misma medida en que su comportamiento sea digno de tan exigente legado. Si alguna vez llegara a fundar sus decisiones relevantes de acuerdo al tamaño de los obstáculos que enfrenta, o amedrentado por la superioridad de sus enemigos, nuestro pueblo iniciaría de inmediato la declinación de su ciclo vital.

Pero, hoy como ayer, y como será siempre, mientras tenga vida un marino chileno, la arenga de Prat a sus muchachos estará vibrando como eterno zafarrancho de combate.

En otro orden de consideraciones, resulta evidente que no es posible concebir a este país austral, ubicado en un extremo del orbe, sin una referencia expresa a su vocación marinera. Dios colocó a Chile frente a la inmensidad del océano Pacífico, imprimiéndole un sello que no puede ni debe soslayar. En el pasado, la fuerza de ese destino marítimo hizo posible nuestra grandeza, abriendo la senda hacia el triunfo y la inmortalidad. El Poder Naval -intereses marítimos, fuerza y posición geográfica- siempre será indis-

pensable para garantizar la seguridad y el desarrollo de nuestro país.

La gravitación del factor marítimo se hace evidente al recordar una expresión feliz acuñada por Benjamín Subercaseaux, “Tierra de Océano”, que sintetiza lo que en verdad es el territorio chileno. A la luz de la expresión Tierra de Océano, fácil es comprender la enorme importancia de la obra desplegada, en la paz y en la guerra, por la Armada de Chile.

Nunca debiéramos olvidar que el mar une, en vez de dividir. Para los chilenos, constituye la principal vía de integración nacional, sirviendo de conexión territorial desde Arica a la Antártida. Al mismo tiempo, representa nuestra principal línea de comunicación con el resto del mundo. Nos pone en contacto con los principales mercados, y es vital que nos una con el oriente, donde se encuentran las más dinámicas economías y las sociedades que probablemente ocupen un lugar preeminente en el siglo XXI.

Las consideraciones económicas tienen cada vez mayor importancia, y en este sentido no debiéramos olvidar que el Mar de Chile, en su Zona Económica Exclusiva, contiene una preciosa reserva de bienes, desafiándonos a su estudio científico y a una racional explotación.

Para el destino de nuestro Estado-Nación, en una perspectiva Geopolítica, debemos tener presente que es el océano Pacífico lo que da continuidad y profundidad estratégica a nuestra accidentada geografía.

Mirando al futuro de la Patria, las Glorias Navales constituyen un elemento espiritual irremplazable, una fortaleza del Poder Nacional, indispensable para sostener el rumbo a pesar de los nuevos obstáculos que los más lúcidos vigías van detectando en el horizonte.

En esa perspectiva, no recordamos las Glorias Navales con afán nostálgico. Por el contrario, lo hacemos potenciando el futuro. Todos sabemos cuánto significan las hazañas guerreras de quienes nos antecedieron en el tiempo... y nos pedirán cuentas

corrientes submarinas, un viejo zapato, perteneciente sin duda alguna a un tripulante de la nave, recuerda crudamente la parte humana de la tragedia; una de las anclas de la corbeta, permanece fija y unida al fondo del mar; sobre la cubierta principal, están caídas las diferentes vergas y también el mástil principal de la nave, que todavía se halla rodeado de una pieza de bronce, que algún día cumplió con la específica función de transmitir toda la fuerza del viento al buque; también se ven cañones tumbados, a la espera de un lugar definitivo en tierra, para ser admirados por la ciudadanía; por todas partes y uniendo las maderas, los grandes clavos de cobre desafían el paso del tiempo, sin sufrir alteraciones.

Al revisar las distintas partes de la corbeta, ésta se encarga de narrar en forma silenciosa, los hechos que terminaron finalmente con su hundimiento.

Las huellas de los terribles espilonazos, de las perforaciones producidas por la artillería enemiga y los cañones tumbados y silenciados, para siempre, son los mudos testigos de lo ya pasado".

Los buzos de la Armada como un sentido testimonio y una verdadera ofrenda, a todos aquellos que sucumbieron ante un adversario superior, en medio del combate más heroico de que se tenga memoria, deciden desplegar la tricolor bandera, bajo

las mismas aguas que han envuelto a la *Esmeralda* por más de un siglo, y en el mismo mar y en el mismo océano que sirvieron de testigo de la gesta, en que Prat y sus gloriosos tripulantes de la nave que se hundía, escribieron con roja sangre una de las más brillantes páginas de la historia universal.

Cadetes caleuchanos, me siento orgulloso de haber estado con ustedes en este Bogatún de Combate, el más importante de vuestro ceremonial, ya que sois esa cadena espiritual que une a la armada con el pasado, y en que cada uno sois un eslabón que no permitirá jamás, en conjunto, que esa unión garree.

Lamento sinceramente, no ver entre ustedes a ese cadete que ingresara el año 1998 a este Centro, en bogatún especial, me refiero al Cadete Augusto Pinochet Ugarte, por estar retenido indebidamente en un país extranjero.

No olvidemos jamás, lo que hicieron nuestros héroes en la guerra, y los grandes hombres en la paz, por esta patria nuestra y, que ni el modernismo ni la comodidad, adormezcan nuestro sentido de amor a la patria, y estemos alerta para defenderla en cualquier aspecto y a como dé lugar, para no decirles, a ellos, que su sacrificio fue en vano.

Gracias, hasta siempre, viva Chile.

